

VII

Al amanecer del día siguiente, llegó á casa de doña Severa el médico, que no había querido levantarse durante la noche.

La solterona era generalmente aborrecida en el pueblo, porque apenas se trataba con las gentes, porque no dejaba penetrar á nadie, excepto al padre Matías, el tupido velo que ocultaba sus hábitos, puros como los de una religiosa y su santa caridad, y porque, cuando era necesario, decía la verdad si se la preguntaba, y no disimulaba su odio y su desprecio hacia la falsedad y la mentira.

No se aplaudía ni se elogiaba su género de vida retirado, modesto, ajeno á todo lo que fuera chismes y rencillas; ni su caridad para con sus sobrinas; ni su devoción en la iglesia; al contrario, de continuo se buscaban móviles poco dignos para todas sus acciones.

Decían que tenía á sus sobrinas como criadas; que no les daba ni el alimento preciso; que las trataba mal; que era desdén lo que la obligaba á huir del trato de las gentes; que sus relaciones con el padre Matías daban que pensar; y todas esas monstruosidades que, con el velo complaciente de la *crítica*, se oyen y se dicen en los pueblos, en

los cuales el delito mayor es aislarse y no dejar penetrar las miradas en lo más íntimo y reservado de la vida.

Doña Severa era, pues, generalmente detestada, y sus sobrinas generalmente compadecidas; en particular Irene, que pasaba por la muchacha más bonita de la villa.

—Esa vieja bruja—decían—tiene á la pobre muchacha como en un cautiverio, sin permitirle ni respirar, sin dejarla que vea al Mayorazgo, que se casaría con ella; y entretanto que la infeliz se consume trabajando, la tal doña Severa..., vamos, ya debía estar ardiendo en los infiernos.

Sin embargo, cualquiera persona razonable y que no hubiera estado cegada por la espesa venda del odio, que penetrase en la alcoba de doña Severa, habría, por lo menos, dudado mucho de que Dios, en sus altos juicios, le reservase el infierno para después de su muerte.

La mártir de la caridad parecía haberse embellecido desde que la hirió la fiebre, con su pestífero aliento, en la insalubre y miserable morada de la pobre Petronila; quizá también la había inficionado el germen del contagio que el padre Matías traía de casa del moribundo, cuya alma acababa de encaminar al cielo, y cuya muerte había endulzado con sus consoladoras y santas palabras: ello es que doña Severa estaba mortalmente herida, y que la agonía envolvía ya con sus sombras el semblante de la anciana, antes grave y triste,

como espantado de las miserias de la vida; ahora dulce, plácido, alegre, como si ya vislumbrase la eterna gloria.

El médico entró cuando el sol tendía en el cielo su dorada cabellera. Avelina, consumida de angustia, estaba sentada al lado del lecho, y enjugaba con su pañuelo de hilo la frente de su tía, que á cada instante se bañaba de sudor, humedeciendo sus labios secos con una esponjita empapada en agua de naranja; tal era la doliente pesadez de la cabeza de la enferma, que no podía ésta levantarla ni aun para beber.

El alma tierna y apasionada de Avelina se asomaba entonces á sus ojos negros, en los que se leía la ansiedad más profunda. En algunas horas parecía haber enflaquecido de un modo extraordinario: la angustia y el dolor se pintaban en sus facciones cada vez que miraba el rostro cadavérico de su tía.

Irene entraba y salía, asomándose al balcón con bastante frecuencia, desde que el día extendió por la campiña sus primeras luces. Tenía grabada en su memoria una imagen que ocupaba todo su pensamiento: la del joven caballero que había venido á habitar con su familia el palacio nuevo.

¡Qué diferencia de él al Mayorazgo, á todos los labriegos que la admiraban, y aun á todos los caballeros de Egeal!

¡Qué envidiable conquista tenía la esperanza de alcanzar!

Porque el joven la había contemplado, la había saludado, se había sonreído, y la había dirigido miradas tan expresivas...

Irene fué, pues, la que vió llegar al médico y corrió á avisar á su prima, que se levantó con ansiedad para recibirle.

Acercóse el doctor al lecho con aire grave, tomó el pulso de doña Severa, y después de haberle levantado los párpados y haber contemplado el fondo del ojo, dijo con sangre fría:

—Tiene la fiebre; no hay remedio: el cura, y cuanto más pronto mejor.

—¡Ah, señor!—exclamó Avelina, que prorrumpió en sollozos:—¿conque no hay esperanza?

—Ninguna. Lo que hay que tener es mucho temor de que este caso se propague. Hasta ahora no había tenido esta enfermedad más que el chico mayor de Petronila, la viuda del albañil, y como ésta vive fuera del lugar, no ofrecía tanto peligro; pero aquí ya es otra cosa. Niñas, yo aconsejo á ustedes que, supuesto que la enfermedad de su tía no tiene remedio, la dejen y se vayan á casa de una amiga: el mal es contagioso y mortal, mucho más de mayor á menor.

—¡Abandonar á nuestra tía..., á nuestra bienhechora! ¡Jamás!—exclamó Avelina;—¡jamás, caballero!

—¿No está la tía Homobona para cuidarla?

—Nuestra obligación es permanecer aquí—repuso la joven con energía;—y, por mi parte, no

pienso faltar á ella. Mi prima hará lo que le parezca mejor, porque yo no puedo disponer de su voluntad; la mía es quedarme.

—Me lavo las manos—dijo el médico;—y como nada tengo que hacer aquí, me retiro.

—¡Qué! ¿Sin recetar nada?—exclamó Avelina con terror.

—Lo único que puedo recetarle es el confesor, y ya lo he hecho: estoy seguro de que no sale de hoy.

El médico desapareció.

Avelina se dejó caer llorando sobre la silla de la cabecera.

Apenas había el médico traspuesto el umbral, abrió los ojos doña Severa y los fijó en sus sobrinas.

Avelina procuró ocultar su llanto para no afligir á su tía, y se apresuró á enjugarlo; pero doña Severa le dijo con voz débil y reposada:

—No te hagas violencia, pobrecita: todo lo he oído, y sé que me dan pocas horas de vida; quiero, por lo mismo, apresurarme y hablaros á las dos. Di á la tía Homobona que no deje entrar á nadie, Irene, y que ella tampoco entre hasta que se la llame; después cierra la puerta por dentro y vuelve.

En tanto que la sobrina menor ejecutaba estos encargos, la mayor enjugaba el sudor frío que brotaba de las sienes de la enferma, y humedecía sus labios abrasados con el líquido consolador que había preparado.

Irene volvió y se sentó á los pies del lecho de su tía.

—Avelina—empezó doña Severa,—escribe hoy mismo á tu hermano y dile que se venga para que esté á vuestro lado; que deje ya la carrera, porque sospecho que no la podrá acabar sino muy tarde y sin lucimiento alguno. Si quiere trabajar, puede hacerlo en el despacho del notario, que para esto ya estará bastante instruído, y ganará un sueldo regular como primer pasante: éste es el mejor partido que puede tomar, y, por otra parte, su amor propio no se resentirá mucho de renunciar á la toga de abogacía, cuando tan poco cuidado ha puesto en conquistarla; puede acabar su carrera al lado de don Santiago, el notario: él es ya viejo, no tiene hijos, y no será extraño que, si está satisfecho de él, le venda sus notas y le deje su despacho acreditado y productivo. Avelina, por lo que respecta al porvenir de tu hermano, esto es lo que deseo, y te encargo que hagas lo posible para conseguirlo con las persuasiones y consejos.

Detúvose fatigada la enferma, y por un violento esfuerzo pudo levantar la cabeza y tragar algunos sorbos de la copa que su sobrina le presentaba con la más tierna solicitud.

Después de descansar breves instantes, continuó así:

—Me parece haber notado algunas veces que Esteban te profesaba cierta inclinación, Irene: si

no me equivoco, y tú le correspondes, casaos. Á pesar de su mala cabeza, sé que tiene un corazón excelente, y aunque, cuando estaban en la ciudad, llevaba una vida menos juiciosa de lo que debía, en Egea no hay tantas ocasiones de hacer locuras; y además, el deber de velar por su hermana y por ti le contendrá y convertirá: así lo espero. Á ti, Irene, te dejo todos mis bienes en un testamento que tengo hecho desde hace tiempo, excepto esta casa, el mueblaje de ella y todo lo que contiene, que son para ti, Avelina, como también todas las cantidades que tengo prestadas á varias personas de este pueblo y de algunos cercanos, que te las devolverán en el próximo mes de Junio, y de las cuales puedes disponer.

—Pero, querida tía—observó Irene:—¡eso no es justo! Me deja usted mucho más á mí que á mi prima... Usted posee bastantes bienes...: hay un molino, un olivar, dos viñas, y tres ó cuatro casitas en este pueblo...; esto debe partirse...

—Yo sé lo que me hago—interrumpió la moribunda:—mañana, el notario abrirá mi testamento en presencia del alcalde, del señor cura párroco y del padre Matías, que son mis albaceas. Os conozco á las dos, y por eso procedo del modo que lo he hecho. Tú, Irene, eres vanidosa y poco amiga de trabajar: así es que necesitas más que tu prima, que es modesta, laboriosa y económica; viviréis juntas hasta que te cases con Esteban, con el Mayorazgo, ó con otro; pero si, después de

casada, Avelina no quiere estar á vuestro lado, que viva ella sola en esta casita, que ya tiene bastante juicio para eso, y además, tal vez el padre Matías consienta en venir á acompañarla en su soledad.

La enferma calló, agobiada de fatiga.

Avelina se inclinó hacia ella y le dijo con voz dulce:

—Querida tía, si ha terminado usted ya de hacernos saber su voluntad, descanse y tranquilícese usted lo posible.

—Aún me falta otra cosa que advertirte—respondió doña Severa.

—Hable usted.

—En esa gaveta que hay á la cabecera de mi cama hallarás algún dinero... Ya sabes que la casa y *todo lo que contiene* es tuyo, y de ello dispondrás desde este instante: yo ya no soy de este mundo, sino de Dios.

—¿Quién sabe, tía mía? Tal vez...

—No hay esperanza—respondió doña Severa, —ni yo me hago ilusiones: me muero. Dispondrás, pues, que se me haga un entierro muy modesto y que se abra mi sepultura en la madre tierra, de donde todos salimos y adonde todos tenemos que volver.

—Está bien, mi querida tía—balbuceó Avelina llorando de nuevo.

—Vamos, no hay que afligirse—dijo la señora: —todos hemos de andar el camino de la muerte.

Avelina, no te olvides de asistir en lo que puedas á la pobre viuda del albañil...; ya ves: queda con tres criaturas y sin más amparo que el de la caridad. Yo le daba algo; dale tú también. Y ahora, hijas, que llamen á mi confesor, y así que venga, dejadme sola con él.

El sacerdote tardó muy poco en llegar: era el cura párroco, y recibió la confesión de la enferma; confesión corta y tranquila, pues bajo su áspera cubierta ocultaba doña Severa el alma más pura y más inocente.

El padre Matías fué después á ver á la enferma. Sus sobrinas entraron de nuevo á la alcoba.

—¿Has escrito á tu hermano?—preguntó doña Severa con voz débil.

—Sí, señora—respondió Avelina:—he aprovechado, para hacerlo, el rato que hemos estado afuera.

Pasados algunos instantes, la postración de doña Severa era profunda: un fuego interior la devoraba. Avelina envió á buscar nieve, acordándose de haber oído que era un remedio bueno, y la aplicó á la frente y á los labios de la enferma, que parecía recibir un inefable consuelo.

En cuanto á Irene, aprovechó la primera ocasión oportuna para huir de la habitación de su tía, que juzgaba apestada.

Serían como las dos de la tarde, cuando llegó un lacayo del palacio, y dijo que venía á rogar á

las señoritas que fuesen á verse con su señora, que deseaba hablarles.

—No están para nada—respondió de muy mal humor la tía Homobona:—su tía se está muriendo.

—Yo puedo ir—dijo Irene saliendo del cuarto que ocupaba con su prima.

—¡Cómo!—exclamó la criada escandalizada:—¿tiene usted valor para salir hoy de casa, estando su tía expirando, como quien dice?

—¿Y qué falta hago yo?—preguntó Irene con desenfado.—Si la pudiera aliviar, me quedaría; mas para llorar y gemir basta con mi prima: ya que no puedo entrar en la alcoba, porque están en ella los curas, se ha puesto á llorar á la puerta á más y mejor.

—¡Cría cuervos para que te saquen los ojos!—gruñó la tía Homobona.—¿Es decir, que, para usted, no es nada el que su tía la haya educado y mantenido?; ¿que reniega usted de ella á la hora de su muerte?

—Yo no reniego de ella.

Irene arregló sus cabellos al espejo lo mejor que pudo; echó sobre ellos un velo de tul liso, y salió con el lacayo.

—¡Ya sospecho por qué se da usted tanta prisa en ir!—barbotó la vieja criada, ciega de cólera.—Todo ese afán es porque vive allí el mozalbete ése que, desde que ha llegado, pasea esta calle. ¡Eso es, ingrata!... ¡Pero ella purgará su pecado!

No había llegado aún Irene, acompañada del lacayo, al fin de la calle, cuando la puerta del cuarto de la enferma se abrió, y el padre Matías apareció en el umbral.

—Que entren las niñas, tía Homobona—dijo:—su tía les quiere dar el último abrazo.

Avelina, que lloraba reclinada en una silla á la puerta de la estancia, entró al instante. El padre Matías dijo á la criada:

—Llame usted á la otra.

—¡La otra..., la otra!—gruñó la vieja entre el raudal de su llanto.

—Vamos, llame usted á Irene; no se vaya la pobre señora sin verla.

—Pues, señor, se irá, porque no está en casa su sobrina.

—¡Que no está en casa! ¿Qué dice usted?

—Que se ha ido.

—¿Pero adónde?

—Al palacio.

—¿Habrá tenido miedo al contagio? ¿Por qué ha ido allí? ¿Qué es esto?—exclamó el padre Matías con asombro.

—Han venido á buscar á las dos...

—¡Á las dos!

—La señorita Avelina ni oyó el recado; pero la otra lo oyó y se fué diciendo que para llorar y gemir, bastaba con su prima.

El padre Matías no concedió largo tiempo á su sorpresa, por violenta que ésta pudiera haber sido

en otra ocasión; guardó silencio y se volvió al lado de la que moría.

Avelina se hallaba arrodillada junto al lecho; su tía, agonizante ya, apoyaba su mano sobre la inclinada cabeza de la joven, á la que ahogaban los sollozos, que no podía contener.

—¡Madre mía! ¡Mi bienhechora!—exclamó aquella.—¡Ahl! ¡Me deja usted! ¡Se va al cielo! ¿Qué será de su pobre Avelina? ¿Dónde hallará otro amparo tan generoso, tan grata compañía?

—Yo velaré por ti desde allá arriba, hija mía—dijo doña Severa.—Sé buena y serás feliz. Pero Irene... ¿Dónde está Irene?...

Todos guardaron un triste silencio: nadie osó acusar á la ingrata joven.

—Se esconde, sin duda, por temor al contagio...—murmuró doña Severa.—No la culpo por eso... Dios me tome en cuenta la pena que me causa el no verla al morir... No merecía yo que me diera este disgusto, pues he sido para ella una madre. Avelina, no abandones á nuestra vieja criada...; no seas ingrata para nadie, y di á tu prima que la perdono...; ¿oyes? ¡Que la perdono! ¡Así Dios la perdone como yo!

Éstas fueron las últimas palabras de doña Severa.

Pocos instantes después había dejado de existir. Dos horas más tarde llegó Irene.

—¿Y mi tía?—preguntó.

—¿Qué le dije yo á usted? ¡La ha abandonado

usted en la hora de su muerte, ingrata y malvada criatura!—exclamó la tía Homobona.

—¿Ha muerto? No pensé yo que sería tan pronto—dijo Irene con serenidad.—¡Pobre señora! ¡Que nos espere largos años en el otro mundo!

VIII

El funeral de doña Severa fué muy modesto, ó mejor dicho, muy pobre, según ella misma había dejado mandado.

Abierto el testamento y enterados los albaceas de su voluntad, se colocó el féretro en una mesa, cubierta con un paño negro, en el centro de la iglesia, y se dijo una misa de *Requiem*.

Luego se depositó el féretro en la tierra, y se señaló el sitio en que descansaba con una sencilla cruz de madera negra que tenía esta inscripción:

SEVERA CAMPOS:

MURIÓ Á LA EDAD DE SESENTA AÑOS,

SOLTERA.

¡ROGAD Á DIOS POR EL DESCANSO DE SU ALMA!

Sin embargo, aquella modesta mujer, aquella buena cristiana tuvo un magnífico cortejo: todos los pobres del pueblo y los de las cercanías acudieron á rezar por ella y á acompañarla á su última morada.

Petronila, la viuda del albañil, fué también al cementerio al tiempo que cubrían el ataúd con

tierra; se arrodilló al lado de la fosa, y exclamó con voz dolorida:

—¡En mi casa, por venir á socorrerme, fué herida de la fiebre! Anteanoche, cuando llovía á mares, vino á traerme provisiones...; estuvo viendo á mi hijo, le dió caldo, y sin duda le atacó la calentura que á él le mataba. ¡Pobre señora! ¡Alma caritativa! ¡Dios le dé el cielo que merece!

Las bendiciones de los demás desvalidos se mezclaban á las de Petronila: así es que todas las invectivas de la boticaria, de la escribana y de las hijas de ambas, y todas las seguridades que daban de haber visto volver á doña Severa apoyada en el brazo del padre Matías, tuvieron poco éxito, particularmente entre los pobres aldeanos que conocían y amaban á las dos personas calumniadas.

La caridad, la santa caridad alumbraba con espléndida luz el recuerdo de doña Severa, y todos los beneficios que ella había ocultado salían entonces de la obscuridad, como otros testimonios triunfantes de su virtud.

Una joven, vestida de luto, se mezclaba en el acompañamiento del cadáver; una joven hermosa, delicada, y en cuyas facciones se hallaba escrito el más profundo dolor.

Era Avelina.

Avelina, que había querido dar á su tía el último adiós.

Cuando dos hombres levantaron el modesto

ataúd de paño negro, cubierto de cintas de lana blanca, para ponerlo en la fosa, la joven dejó escapar un grito doloroso; se arrodilló y abrazó la lúgubre caja sollozando amargamente.

Cuando arrojaron sobre ella la primera porción de tierra, la pobre joven cayó desmayada en los brazos de las personas más próximas.

—Esa—dijo uno de los *señoritos* del pueblo—debe ser la heredera de la hacienda: por eso hace esos extremos. La otra no está.

—Pues mira—observó otro:—no es fea, y se dice que su tía tenía más de lo que se pensaba: conque ojo al Cristo, que es de plata.

—Ó de oro: ¿quién sabe?

—¿Vas á decirle tú algo?

—No, no me gusta: es demasiado enclenque y pequeña. Me agradan más las buenas mozas.

—Como su prima.

—Justamente: si la heredera de la hacienda hubiera sido aquella, no pasaban ocho días sin que la hablase de boda.

—Pues á pesar de que ésta no vale un pito, puede que yo le diga algo.

Esta conversación tenía lugar entre un grupo de jóvenes, donde se hallaban los más elegantes y los mejor educados de la villa; eran también los más ricos, y, según sucede en las poblaciones muy pequeñas, ninguno de ellos tenía oficio, carrera ó profesión.

Avelina nada oyó de lo que pasaba en tor-

no suyo, pues se hallaba absorta en su dolor.

Petronila la condujo á su casa, de la cual no había salido Irene, ocupada en coser sus vestidos de luto.

Avelina halló en la gaveta de su tía una cantidad que ascendía á unos veinte mil reales.

Abierto el testamento, y pasados ya ocho días de la muerte de doña Severa, la joven llamó una mañana á su prima y la dijo que la escuchase por breves momentos, pues tenía que hablarle de algunas cosas de la casa, de las que aún no habían tratado nada.

—¿Qué tenemos que hablar?—preguntó la indolente Irene algo admirada.—Ya sé que tú llevas ahora el gasto; pero así que empiecen á pagar los arrendadores, lo que no creo que tardará, te satisfaré mis alimentos.

—Querida prima—respondió Avelina,—no se trata de eso ahora, sino de que va á llegar mi hermano, y no me parece muy decoroso que viva bajo el mismo techo que tú, si es que, según decía nuestra tía, que esté en gloria, te tiene afición. Háblame con franqueza: ¿se la tienes tú á él? Esteban y yo puede decirse que seguimos siendo tan pobres como antes; él debè ponerse á trabajar al instante en casa del notario para ganar su pan: éste fué uno de los deseos que nuestra buena tía me significó, y él está dispuesto á cumplirlo. Yo no tengo más que esta casa, de la que nada hay alquilado, y los créditos que con ella me dejó mi

tía, y que de seguro ascenderán á una suma insignificante, que no espero cobrar, pues los deudores serán personas muy necesitadas, á las que no quiero ni sabría agobiar: somos, pues, como te he dicho, bastante pobres Esteban y yo...; tú eres casi rica, ó á lo menos has quedado bien acomodada... ¿Amas á Esteban? ¿Piensas en que un día llegue á ser tu marido? Háblame con franqueza.

—¿Qué prisa corre decidir eso?—preguntó Irene muy admirada.—Lo que es por ahora no puedo responderte: tu hermano me miraba con alguna afición, á lo menos, así lo creía yo; pero nunca me ha dicho una sola palabra de amor: únicamente me ha dirigido algunas flores y piropos, como los dirige á todas las jóvenes y hasta á las labradoras. Dejemos esto, y oye, que también tengo yo que hablarte de otra cosa.

—Ya te escucho—dijo Avelina.

—El día que nuestra tía murió, ya recordarás que vinieron á buscarnos del palacio de parte de esa señora anciana que le habita con su familia.

—En efecto.

—Pues bien; yo no sé quién le dijo que nosotras hacíamos vestidos para algunas señoras del pueblo; y cuando yo fuí, supe que lo que deseaba era que fuésemos á coser á su casa las dos durante algunos días.

—Tú, prima mía, ya no necesitas trabajar—observó Avelina;—yo no me encuentro en tu caso,

y por lo tanto aceptaré la labor que esa dama me ofrece.

—Es que yo pienso aceptarla también—dijo Irene.

—¡Cómo! ¡Coserás tú, ahora que no lo necesitas, cuando antes lo hacías con tanto disgusto!

—Sí tal, y así se lo he dicho á esa señora: debe ser cosa muy agradable vivir una temporada al lado de esas gentes de tanto tono.

—¿Pero vas á ir al palacio á coser?

—¡Vaya! ¡Y con mucho gusto!

Al decir estas palabras, el rubor envolvió con una ardiente nube el blanco rostro de Irene; su prima advirtió aquella confusión, y le dijo con dulce gravedad:

—¡Cuidado, prima mía! Mira que vive allí ese joven que te mira tanto.

—¡Ya lo sé!—repuso Irene con algún despecho: —como que es el hijo de esa anciana señora. Pero la que se quiere guardar, triunfa de todos los peligros; además, ¿no vas á venir tú también?

—¡Yo!—exclamó Avelina:—no por cierto.

—¿No dices que piensas trabajar?

—Sí, porque lo necesito; pero aquí, en mi casa.

—¡Qué boca te llenas de *tu casa!*

—¿Hay otra palabra más dulce?—dijo Avelina.

—¡Ahl! ¡Bendita sea mi tía que me ha dejado este modesto asilo! Pero—añadió tomando con ternura la mano de su prima—al decir mi casa, digo también la tuya.

—Gracias—repuso Irene.—Pero dime, ¿insistes en no ir á coser al palacio?

—Insisto, prima mía; iré sólo para encargarme de la costura que me quieran dar y para devolverla.

—¡De ese modo, tengo que ir yo sola!

—¿Pero á qué? Tú no necesitas trabajar, como yo; ya te lo he dicho. La voluntad de nuestra tía te ha dejado en muy buena posición. Hasta que te paguen el arrendamiento de tu hacienda, en mi mesa tienes un cubierto y tu aposento en esta casa. No vayas al palacio, Irene, te lo suplico. Si estuvieran las señoras solas, no importaba tanto... Pero ya ves, estando ese joven, es dar ocasión para que murmuren...; en los pueblos, como sabes, todo se critica.

Irene no alzó los ojos del suelo donde los tenía fijos, ni respondió una sola palabra á su prima; pero ésta, que conocía bien su fisonomía, se dijo que la resolución de Irene era irrevocable.

—Quiero—dijo aquélla por fin—ver de cerca lo que son esas gentes del gran mundo, á las que sólo conozco por las novelas que me prestaba Juana, la hija del boticario. ¡Qué felices deben ser! Tengo gran curiosidad de ver el equipaje de esa señorita, sus vestidos, sus adornos, sus joyas. ¡Ahl! ¡Ese mundo en que ellos viven debe ser mucho más hermoso que el nuestro! ¡Vivir como ellos es vivir en la gloria! Di, Avelina, ¿no es verdad que si esa gente va al cielo tendrá dos cielos?

—¿Quién sabe?—repuso la joven sonriendo.— De seguro que también tienen sus penas: nadie está exento de ellas en la tierra, porque si hubiera personas completamente dichosas, no se llamaría esto *valle de lágrimas*.

—¿Pero qué penas puede tener la familia que habita el castillo?

—Dios lo sabe y ella también: nosotros no podemos saberlo. Pero ¿acaso envidias su suerte?

—¡Oh! ¡Y tanto como la envidio!—exclamó suspirando Irene.—¡Tener coches, galas, brillantes! ¡Dar espléndidas comidas! ¡Hallarse rodeados de homenajes! ¡Ah!; ¡qué dicha la de esa joven que vive en el castillo! Yo daría la mitad de mi vida por pasar la otra mitad en su lugar.

—Pobre Irene—dijo sonriendo Avelina,—por mucho que lo desees, no está en tu mano igualarte con esa rica é ilustre señorita: acuérdate de que somos hijas de pobres labradores. En cuanto á mí, estoy contenta con mi suerte: ya, mi solo amor sobre la tierra es mi hermano; mi única afición eres tú.

—¿Pero no piensas en casarte algún día?

—Por ahora, no: á nadie amo, de nadie soy querida: ya lo sabes.

—En verdad—dijo Irene,—que para eso de novios tienes mala suerte: nadie te dice nada.

—No te sucede á ti lo mismo—observó Avelina con dulce sonrisa:—muchos jóvenes del pueblo te han hecho sus declaraciones, y ahora te harán

más, al saber que ha quedado para ti toda la hacienda de la tía.

—Y á propósito de esto—dijo Irene pensativa:—no deja de admirarme que nuestra tía haya hecho tanto por mí y por ti tan poco. Á no ser que lo hiciese guiada por la misma idea que tenía de nosotras. Ya sabes: que tú valías más sin nada, que yo con tesoros; pero yo te demostraré que la tía se engañaba, y sólo sentiré que algún día me envidies.

—¡Envidiarte yo!—exclamó Avelina:—no lo creas, prima mía: te amo demasiado para eso.

—Pero si llego á casarme antes que tú...

—Te desearé toda suerte de felicidades.

—Verdaderamente que eres muy buena—dijo Irene echando los brazos al cuello de su prima:—otra cualquiera no miraría con buenos ojos las ventajas que la fortuna me concede.

—Á mí me envanecen—observó Avelina:—¿no eres mi compañera de la infancia, mi amiga y mi hermana? ¿No deseo poder darte este dulce nombre? ¡Ojalá que llegue el día en que seas la esposa de Esteban, y en que yo pueda vivir en vuestra compañía siendo el testigo de vuestra dicha!

—Avelina—dijo la joven,—algunas veces, cuando pienso que tarde ó temprano he de casarme, me digo que no es Esteban el esposo que yo deseo: puesto que dicen que soy bella, tal vez podría alcanzar otra cosa mejor... ¡Dios mío! ¡Encerrarse aquí para siempre! ¡No salir de entre estas

cuatro paredes! ¡No ver más que á las gentes del pueblo, tan toscas y tan ridículamente vestidas! Eso me mataría de hastío. No, no puedo pensar ahora en casarme...; no hay en mí ninguna vocación al casamiento: ya lo resolveré...; á bien que tiempo hay para ello, pues mi edad...

—¿Pero vas á ir al palacio?

—Mañana mismo, pues ya he concluído mi vestido de luto.

—¿Pero, prima mía, no se resiente tu orgullo al pensar que vas como costurera?—exclamó Avelina.—Tú que eres una joven que ha recibido una educación decente; que tienes una posición desahogada...

—Repito que quiero ver lo que son y lo que hacen esas gentes.

—Escucha, Irene—dijo Avelina:—en este momento quisiera ser tu madre ó tu hermana mayor, para impedirte que fueras al palacio; pero nada puedo hacer más que deplorar tu obstinación: casi me da espanto, te lo confieso, el ansia ardiente con que deseas acercarte á la vida de esos señores opulentos, que á tanta altura están sobre nosotros; además, prima mía, no quiero negarte que he observado que te persigue el hijo de esa dama... Y bien, ¿crees que el interés que has inspirado á ese joven es amor? ¿Crees que ese rico caballero puede pensar en hacerte su esposa? No, Irene: yo apenas conozco el mundo; pero me parece que hará contigo lo que aquel marqués, que

vino con sus amigos á cazar por estas cercanías, hizo con la hija de doña Rita: entretenerla, engañarla, marcharse y, si te he visto, no me acuerdo.

—Es que María, la hija de doña Rita, era muy fea y muy tonta.

—De fea, Irene, no tenía nada; y el que fuera tonta no impidió que se muriese de pena al ver el abandono del hombre á quien amaba tanto.

—¡Bah! Se murió porque Dios quiso.

—Está claro—repuso con tristeza Avelina:—todo sucede en este mundo porque Dios lo permite; pero María murió de pena, acaso para alcanzar cerca del supremo Juez la corona del martirio. Además, Irene, voy á decirte otra cosa que nunca te diría á no verte, como se suele decir, al borde del abismo.

—¡Dios mío, qué cosas dices! ¿Dónde está aquí el abismo?

—En el palacio; sí, prima mía: tengo un año más que tú, y debo aconsejarte: no vayas al palacio; si ese gran señor te ama, que venga á verte aquí..., á esta casa, bajo mi custodia y la de mi hermano; porque, oye lo que te iba á decir: ese caballero me ha mirado y hecho señas, y me ha enseñado cartas, lo mismo que á ti, ó quizá más y con más insistencia.

—¡Ah!—exclamó Irene con el asombro de la incredulidad.

—¡Sí, á mí! Ya ves lo poco que valgo, y, sin